

Homilía de XXXII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“Vale la pena morir...cuando se espera que Dios mismo nos resucitará”

Introducción

La polémica entre saduceos (que no esperaban nada más allá de la muerte) y otros grupos que sí creían en la resurrección entre los que se encontraban los “fariseos” y el propio Jesús, es una polémica actual. Si se me permite dar un salto, este debate hoy, es el debate entre los creyentes en Cristo y los que ven en Dios el enemigo de su libertad. Dios es “amigo de los hombres” incluso si las religiones desfiguran esta amistad.

Cuando observamos con pena cómo avanzan los extremismos entre quienes niegan a Dios o reniegan de la Iglesia y quienes confían en Dios, recordamos la urgencia de convertir los desencuentros en encuentros, porque está en juego velar por la identidad de lo genuinamente humano y de nuestro futuro como humanidad. Los encuentros maduran a través del diálogo.



Fray Xabier Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino "Olivar" (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Macabeos 7, 1-2. 9-14

En aquellos días, sucedió que arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley. Uno de ellos habló en nombre de los demás: «Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres». El segundo, estando a punto de morir, dijo: «Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el Rey del universo nos resucitará para una vida eterna». Después se burlaron del tercero. Cuando le pidieron que sacara la lengua, lo hizo enseguida y presentó las manos con gran valor. Y habló dignamente: «Del Cielo las recibí y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios». El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos. Cuando murió este, torturaron de modo semejante al cuarto. Y, cuando estaba a punto de morir, dijo: «Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se tiene la esperanza de que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida».

Salmo

Salmo 16, 1. 5-6. 8b y 15 R. Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.

Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. R/. Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos. Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. R/. Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses 2, 16 – 3, 5

Hermanos: Que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y nos ha regalado un consuelo eterno y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas. Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada, como lo fue entre vosotros, y para que nos veamos libres de la gente perversa y malvada, porque la fe no es de todos. El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del Maligno. En cuanto a vosotros, estamos seguros en el Señor de que ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos mandado. Que el Señor dirija vuestros corazones hacia el amor de Dios y la paciencia en Cristo.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 20, 27-38

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: “Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y de descendencia a su hermano . Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer». Jesús les dijo: «En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni

ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Pautas para la homilía

Relaciones que trascienden los límites de la muerte

El Papa emérito Benedicto XVI gustaba reflexionar sobre la racionalidad de la fe, su relación con la libertad. Escribía: “Dios es el origen de nuestro ser y cimiento, cúspide de nuestra libertad; no su oponente (la fe verdadera potencia lo verdaderamente humano, no lo degrada ni lo limita). Los hombres no podemos vivir a oscuras, sin ver la luz del sol. Y, entonces, ¿cómo es posible que se le niegue a Dios, sol de las inteligencias, fuerza de las voluntades e imán de nuestros corazones, el derecho de proponer esa luz que disipa toda tiniebla?”

Cuando se plantean debates a cerca de los contenidos de la laicidad o del espacio público de la religión católica, la comunidad de discípulos de Jesús debiera situarse en la sociedad transmitiendo la intuición original de Cristo. Esa experiencia del Dios de vivos que no se cansa de insistir en reproducir en las relaciones sociales el modelo relacional trinitario: Una relación que trasciende los límites de la muerte. La comunión de amor y vida que deja espacio al otro. De ahí que: “La Iglesia es ese abrazo de Dios en el que los hombres aprenden también a abrazar a sus hermanos”. Ese abrazo incluye un sentido de fraternidad universal, incluye a los no creyentes. Si queremos ser fieles a Cristo no nos cansaremos de buscar por todos los medios, hacer de la Iglesia una escuela donde aprender a abrazarnos...y donde aprender a abrazar la VIDA con sus tensiones y su cruz. Conviene presentar nuestra fe y nuestra propuesta de sentido, sabiéndonos aprendices, y no sólo maestros. Hasta el momento de espirar nuestro último aliento estaremos aprendiendo a vivir de la confianza en el Dios Trinidad. Esa confianza no es ciega, por más que se oscurezca en algunas ocasiones.

La fe en la resurrección conlleva un modo de vida

La fe en la resurrección es ante todo un acto de fe en Dios Creador y “amigo de la vida”, un Dios que nos ha hecho para la vida. “Nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en Ti”. “El que te creo sin ti, no te salvará sin ti” (S. Agustín). Es al mismo tiempo un acto de fe en la capacidad humana para la libertad y la autonomía (somos libres cuando escogemos el bien). Es fe en la presencia amorosa de Dios en la historia de los humanos que culmina en la Encarnación, muerte y resurrección del mismo Hijo de Dios.

¿Qué pasa cuando no se cree en la vida eterna? Que no se cree en Dios. Esto tiene implicaciones en la vida terrena. Si sólo contamos con lo que podemos “acumular” al cabo de nuestros años...hay que afanarse; o disfrutar a tope, o deprimirse o frustrarse si uno no cumple sus “sueños”, o aceptar con serenidad la condición humana limitada y sin horizonte. Pero entonces, como ya se preguntaba el autor del libro de los Macabeos ¿qué pasa con las víctimas inocentes? ¿Mala suerte? ¿Quién y cómo les hará justicia? Las preguntas se propagan también entre los creyentes: ¿Qué pasa cuando se olvida el artículo del Credo que Jesús menciona en el evangelio de hoy? “creemos que ha de venir a juzgar a vivos y muertos”. ¿Qué significa el juicio de Dios?

Responderlas requiere superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza. Para ello podemos leer en los libros de la Naturaleza, la Sagrada Escritura y la Liturgia.

Lo que podemos esperar ahora y en la eternidad

Cuando Cristo en el evangelio apela al “juicio” en la hora postrera, esa hora confesada en el Credo, ¿qué nos querrá decir? Que debemos asumir la responsabilidad de las propias decisiones. Más allá de la imagen de un tribunal con juez, fiscal y abogado, significa que no todo da igual. Hablar del juicio de Dios supone confrontarnos con nuestra verdad, con nuestras acciones y deseos; pero también con nuestra capacidad de acoger el amor y la gracia, el perdón y la misericordia. Ni la justicia ni la misericordia menoscaban el acto de fe en el amor infinito de Dios.

Existe la posibilidad de malograr la vida. Pero existe sobre todo la capacidad de reaccionar a tiempo y ahondar en la conciencia hasta hallar la paz. Para los cristianos creer es antes que nada sentirse amado por Dios en Cristo. Quien se siente amado confía en su Creador como Redentor y Padre de la misericordia.

Estar vivos es lo que importa, (pero no a cualquier precio o de cualquier modo), estar vivo implica mucho. No se trata sólo de tener buena salud, sino de dejar una huella de bondad en el género humano: agradecimiento, perdón, solidaridad, compasión, deseo, paciencia, capacidad de goce y de resistencia. Ser cristiano significa “saber lo que puedo esperar”... ahora y en la eternidad.



Fray Xabier Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino "Olivar" (Madrid)

Evangelio para niños

XXXII Domingo del tiempo ordinario - 10 de noviembre de 2013



La resurrección de los muertos

Lucas 20, 27-38

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: - Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete heramnos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella. Jesús les contestó: - En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahan, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos.

Explicación

Ante un grupo de saduceos que niegan la resurrección de los muertos, Jesús defendió la resurrección y la vida después de la muerte. Y lo hizo convencido de que su Padre Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Y vivas, junto a Dios, están todas las personas que amaron y con su amor dieron vida a los demás. A Jesús siempre le interesa la vida. La de ahora y la de después.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

1º.- Sabes lo que es una adivinanza, ¿verdad? Es un acertijo de palabras, una pregunta que te hace pensar. En ocasiones son divertidas. Las adivinanzas han existido desde el tiempo de Jesús. Quizás desde antes. Hoy vamos a escuchar una.

2º.- Un día se le acercó a Jesús un grupo de saduceos, líderes religiosos que no creían en la resurrección. Ellos intentaban que Jesús dijera que no existía la resurrección. Le pidieron que contestara la siguiente adivinanza diciendo:

1º.- "Maestro, Moisés nos enseñó en sus escritos que si un hombre muere y deja a la viuda sin hijos, el hermano de ese hombre tiene que casarse con la viuda para que su hermano tenga descendencia. Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin dejar hijos. Entonces el segundo y el tercero se casaron con ella, y así sucesivamente murieron los siete sin dejar hijos. Por último, murió también la mujer. Ahora bien, en la resurrección, ¿de quién será esposa esta mujer, ya que los siete estuvieron casados con ella?

2º.- El grupo de Saduceos se frotaba las manos de satisfacción. Y le decían a Jesús que les contestase: A ver, responde, responde ... Escuchad la contestación de Jesús:

1º.- "El matrimonio es para las personas aquí en la tierra. Pero cuando llegue el momento, aquellos que resuciten no estarán casados ni se casarán, ni tampoco podrán morir, pues serán como los ángeles. Vivirán por siempre porque son hijos de Dios."

2º.- Jesús añadió:

1º.- "Moisés mismo nos da a entender que los muertos resucitan, pues llama al Señor "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Él no es Dios de muertos, sino de vivos.

2.- Después que Jesús sabiamente contestó su adivinanza, nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Tú y yo sabemos que Jesús nos prometió que si le amamos y confiamos en Él viviremos para siempre con Él. ¿No crees que es triste que haya personas que no creen en la resurrección y que hay vida eterna en el cielo?

Amado Padre, estamos felices hoy porque nos has prometido una vida eterna en el cielo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández